

Clara Obligado

PETRARCA PARA VIAJEROS

PRE-TEXTOS

NARRATIVA

Reunido el jurado de la XXIII edición del Premio Juan March Cencillo de Novela Breve, formado por don Manuel Borrás, don Fernando G.-F. Corugedo (secretario), don Javier Goñi, don José Luis de Juan y don José Carlos Llop (presidente), ha considerado novela ganadora de este año, *Petrarca para viajeros*, de Clara Obligado



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Diseño gráfico: Pre-Textos (S.G.E.) y *
Imagen de la cubierta: Idea y escenografía de © Julieta & Grekoff
Fotografía de © Manolo Yllera

1ª edición: noviembre de 2015

© Clara Obligado, 2015
© de la presente edición:
PRE-TEXTOS, 2015
Luis Santángel, 10
46005 Valencia
www.pre-textos.com

en coedición con:
FUNDACIÓN BARTOLOMÉ MARCH SERVERA



IMPRESO EN ESPAÑA/PRINTED IN SPAIN

ISBN: 978-84-16453-25-2

DEPÓSITO LEGAL: V-2773-2015

FERNANDO GIL, S.A. TEL. 96 317 10 97

Para Julieta, que confió en esta historia

... para saber que la imagen arde, para sentirlo, hay que atreverse, hay que acercar el rostro a la ceniza. Y soplar suavemente para que la brasa, debajo, vuelva a emitir su calor, su resplandor, su peligro. Como si, de la imagen gris, se elevara una voz: “¿No ves que ardo?”.

GEORGES DIDI-HUBERMAN, *Cuando las imágenes tocan lo real*

LE habían dicho que al llegar a Italia no tenía que descuidarse, porque los albaneses trepan a los trenes para robar. Palpa su mochila, observa cómo, bajo el cartel que dice “Angoulême”, en la estación desierta de esta madrugada de verano, el guardagujas se abotona la chaqueta y se prepara. Una máquina entra en la estación y se detiene ante su ventanilla, coches de primera clase. Frente a él se asoma una chica con ojos de sueño. Lleva una camiseta grande, el pelo de color rojizo recogido en una coleta, dos mechones le dibujan arabescos alrededor de la cara. Le gustan las pelirrojas, le encantaría charlar con ella. Es la primera vez que viaja solo y está un poco perdido. Y ese temor tonto a los albaneses. La muchacha levanta las manos –uñas pintadas de rojo gominola– y las mete en la nube azafranada. Parece un cuadro.

En la estación no hay nada particular. Sólo un viejo con un perro, y el pulido uniforme del guardagujas,

que pasea por el andén. Algunos pasajeros han dejado sus vagones y fuman.

La muchacha ve que el chico la mira, se cubre los hombros. Andrés le sonríe, levanta una mano para saludarla. Una mano que, inesperadamente, piensa ella, es fuerte como la de un hombre. Sosteni ndole la mirada, la chica pega los senos contra el cristal. Es alta, pero sus pechos parecen apenas más grávidos que los de sus compañeras de instituto. Andrés sueña con mujeres, de noche se deshace imagin ndolas. Del país que está dejando atrás le llegan ráfagas de camisetas adheridas a torsos femeninos.  C mo será la temperatura de su piel? Lo saca de la ensoñación una sacudida, su tren se está moviendo. En el último instante, la pelirroja apoya la palma de su mano contra el cristal, como si quisiera acariciarlo.

Noa siente frío y tiene ganas de tomar un café. Acaba de casarse, su marido duerme sin disfrutar del paisaje que, en la claridad del alba, va saturándose de verde. Camina por el pasillo buscando a un revisor, pero nadie parece estar despierto, sólo el jefe de estación. Sentado en un banco de madera, hay un viejo que acaricia a un perro.

Casarse fue una de las tantas decisiones precipitadas que ha tomado en los últimos años. Vagaba por

París cuando conoció al hombre que ahora duerme. Está a punto de acostarse a su lado cuando lo oye roncar. En silencio estira la mano, atrapa su vaquero. No sabe qué estación es esa donde un viejo mira al vacío. Ha sido un error casarse. Ya no le hace gracia que su marido sea tan rico, tan elegante, tan aburrido. Se asoma por la ventanilla y ve cómo las vías confluyen en un punto borroso. Mira al perro. Es cojo, tiene una pata seca que arrastra por el andén. En la línea del horizonte, el sol espejea. Vuelve a sentir frío, ese frío agradable del verano. Repta por el vagón hasta dar con las sandalias, alcanza su bolso, saca un pitillo, se asoma al andén y el aire fresco la reconforta. El perro se le acerca, mueve el rabo mendigando una caricia. ¿Dónde estará ahora el chico del otro tren? Viajaba hacia el norte, ellos seguirán hacia Mónaco, después a Venecia, donde su marido ha contratado otro hotel carísimo. Piensa en lo que lleva en la maleta: vestidos de noche, camisones de seda, un collar que cuesta lo mismo que todo un año de independencia en París. Los raíles son senderos de plata. Huele a quemado, a aceite, a hierro: es el agradable aroma de los viajes. El guardagujas agita una bandera, el tren comienza a moverse, las puertas bufan, van a cerrarse cuando, en un impulso, Noa recoge su equipaje, salta del vagón y cae en el andén vacío, donde el perro ha alcanzado su mano y la está lamiendo. Asombrada por lo que ha hecho, observa el tren

que se aleja, se gira para ver si alguien la sigue, golpea la taquilla hasta que consigue que el jefe le abra.

—No hay nada hasta dentro de cuatro horas... ¿Un café? Puede haber algo abierto al final de esa calle... Deje su maleta en las taquillas, si quiere.

Siente la tentación de llamar a su marido y de pedirle que venga a recogerla, puede decirle que fue un accidente, que bajó a buscar un café. Pero, en lugar de hacerlo, desconecta el móvil, es mejor que se aleje si no quiere que la encuentre. Es absurdo actuar así. Al fin y al cabo, él no le ha hecho nada. Se consuela pensando que pronto la olvidará. Indiferente a las cavilaciones, el perro continúa lamiéndole la mano, la persigue con sus saltitos de cojo.

Con la mochila como almohada, Andrés dormita y piensa en la pelirroja de Angoulême. Imagina que viaja para encontrarse con ella en cualquier otro cruce de caminos, que recorre el planeta para caer justo en otra estación donde ella, también por casualidad, se encuentra a punto de tomar un tren: una historia romántica con final feliz. Su hermana es supersticiosa, y siempre dice que, en la vida, sólo existen tres oportunidades para encontrar a la persona ideal. Ha desperdiciado la primera, aunque no del todo, esa mirada que intercambiaron tiene su importancia. Ojos verdes, pestañas cla-

ras, de polvo de sol. Siempre se ha preguntado si las pelirrojas tienen también el pubis rojo.

En el vagón vacío se montan dos chicos y una muchacha. Huelen mal. Las camisetas exhiben marcas de sudor y las rastas de la chica parecen un estropajo, saltan de un idioma a otro, intercambian frases cortas, como si estuvieran haciendo *zapping*. Está cansado de no tener con quién conversar, así que deja que un alemán se siente a su lado. Le llega su olor, una mezcla de tabaco, sudor y colonia, la temperatura de su piel, la simpatía que emana el corpachón tatuado. “Encontraremos algún tema común”, se anima Andrés. ¿En qué idioma?

Como una chincheta, el sol se ha clavado en lo alto.

El bar todavía no está abierto. Noa se sienta en un banco de una plaza con senderos bien trazados, el perro a sus pies. Imagina a su marido buscándola. En el pasillo, en el baño, en la cafetería que acaban de abrir, preguntando al revisor, temiendo un accidente, interrogando a los pasajeros. ¿Cuánto tardará en dar parte? Escribe en el móvil: “Estoy bien, no me busques”, manda el mensaje. Añade otro: “Perdóname, si puedes”.

Una mujer se asoma a la ventana del bar y le pregunta si se le ofrece algo.

—Sólo un café —grita Noa, y la mujer gira la llave.

Se mueve con lentitud bovina. Tiene los ojos irritados, como si hubiera estado durmiendo durante los últimos cien años. Todo es feo y poco alentador, no hay mesas. “Se alquilan habitaciones”, anuncia un cartel en varios idiomas. La mujer lleva en el pelo un broche de niña con piedrecitas. La conmueve ese toque de coquetería y siente, en la fealdad que la rodea, cierta dosis de optimismo que se diluye como un azucarillo. La mujer parece catalogarla pero pronto se aburre, mira para otro lado.

—¿Cuánto le debo?

Le pide por el café más que en un bar elegante de París, pero no discute. Cuando se va puede ver que la mujer se entretiene en contar las monedas con avidez. Decide volver a la estación, sacará un billete hacia cualquier parte. “Tengo veintiocho años”, piensa, y la tontería que acaba de cometer no es más que la suma de tantas otras, esa manera suya de actuar, siempre huyendo hacia delante, como si algo la persiguiera. No hace frío. Recuerda al muchacho que vio en el amanecer, el pelo oscuro, los ojos clavados en ella. Tendrá unos dieciocho, diez menos que ella, un crío. Intenta imaginarse a sí misma con esa edad pero no lo logra, hace siglos que dejó ese tiempo despreocupado y feliz. El sol, en lo alto, exhibe un paisaje sin sombras.